

ESTELLE MASKAME

LA NUEVA NOVELA DE LA AUTORA DE *you*

ATRÉVETE A ENAMORARTE

CROSS
BOOKS

ESTELLE MASKAME

ATRÉVETE A ENAMORARTE

Traducción de Teresa Muñoz



Crossbooks, 2018
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Dare to fall*
© del texto: Estelle Maskame, 2017
© de la traducción, Teresa Muñoz García, 2018
De la edición en inglés © Black and White Publishing, Ltd. 2017.
Publicado mediante acuerdo con VicLit Agency
© Editorial Planeta S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: enero de 2018
ISBN: 978-84-08-18036-4
Depósito legal: B. 26.032-2017
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Nunca he entendido por qué el lunes es el que se lleva toda la fama de ser el peor día de la semana. Estoy totalmente en desacuerdo. Son los domingos. Tienen algo que los hace demasiado silenciosos y tranquilos, y que odio cada vez más. Quizá es porque la mitad del pueblo va a la iglesia por la mañana mientras la otra mitad intenta cocinar un estofado, antes de darse por vencida y acabar pidiendo comida a domicilio. Por lo menos, eso es lo que suele ocurrir en mi familia. O quizá es porque la mitad de la gente con la que vamos a la escuela está dándose prisa para terminar todos los deberes que ha dejado para el último minuto mientras la otra mitad se pasa el día entero en el Dairy Queen porque no hay otro lugar adonde ir. Nosotros formamos parte de esta última mitad.

—¿Quieres otro?

No me había percatado hasta ahora de que estaba en la luna. Despego la mirada de la mesa, le parpadeo

un par de veces a Holden mientras me incorporo un poco en el asiento. Ni siquiera me había dado cuenta de que se había levantado.

—¿Qué?

Holden baja la mirada hacia mí y la desplaza a lo que queda de mi café helado. Solo quedan cuatro gotas.

—Que si quieres otro —repite.

—Ah, no, gracias.

Al tiempo que se da la vuelta y se dirige al mostrador para volver a pedir algo, en lo que debe de ser la quinta vez esta noche, me froto la cara con la mano, y me acuerdo de que llevo un par de capas gruesas de rímel cuando ya es demasiado tarde. Maldigo en voz baja, cojo el móvil de la mesa y enciendo la cámara. Tengo los ojos manchados y rodeados de una sombra negra. Con una servilleta hago todo lo que puedo para limpiar el desastre que acabo de provocar, pero parece que solo logro empeorarlo.

Will suelta una carcajada, y yo lo fulmino con la mirada desde el asiento de enfrente del reservado donde estamos sentados. Está mordisqueando la pajita de su batido de chocolate, pero se agacha rápidamente cuando arrugo la servilleta para hacer una bola y se la lanzo.

—Parece que tengas resaca —dice cuando vuelve a enderezarse, apartándose el pelo de los ojos. No me acuerdo de cuándo fue la última vez que se lo cortó, pero sin duda necesita volver a hacerlo.

—Solo estoy cansada. —Suspiro y dirijo mi atención

a toda la basura que hemos acumulado en nuestra mesa. Lo juro, todo lo que hacemos los domingos es comer, porque no hay nada más que hacer en este pueblo. Cuento por lo menos una docena de vasos vacíos, de los cuales tres son míos, y la mayoría de los envoltorios de comida son de Holden. Las tarrinas de helado son de Will.

—¿Has visto quién está aquí? —pregunta este bajando la voz. Agacha la cabeza y se inclina ligeramente hacia mí por encima de la mesa mientras de manera muy sutil señala con la mirada a lo lejos, por encima de mi hombro—. Creo que es la primera vez que la veo saliendo por ahí.

Lentamente me desplazo por el asiento y echo una mirada rápida por detrás de mí. La localizo enseguida: Danielle Hunter.

Más allá del reservado, en dirección hacia la puerta, Danielle está sentada con una taza entre las manos, y su pelo negro le cae por encima de los ojos. La acompañan tres chicas más; todas enfrascadas en una conversación. Pero Danielle aguarda con la mirada fija en la mesa como si lo que está pasando a su alrededor no fuera con ella. Al observarla desde la otra punta del restaurante se me hace un nudo en la garganta. Ha sido una sorpresa verla aquí. Apenas sale de casa. Últimamente nadie ve a Danielle Hunter en otro lugar que no sea el instituto.

—Bueno —murmuro al volverme de nuevo para mirar a Will—. Esto sí que es una novedad.

Le lanzo una nueva mirada a Danielle y me siento

extrañamente desconcertada de verla. No he hablado con ella desde hace mucho, así que ruego para que no me vea, aunque no puedo evitar pensar en lo sola que parece.

Solo soy capaz de apartar la atención de ella cuando Holden regresa a la mesa con otra hamburguesa, la tercera de la noche, y se desliza por el asiento del reservado hacia mí. El equipo de fútbol perdió el partido contra el Pine Creek ayer, así que está de mal humor, decepcionado por cómo jugaron, por lo que Will y yo hemos decidido no mencionar el tema.

—La última, lo prometo —dice Holden antes de darle un buen mordisco. Yo le dirijo una mirada de asco.

—Por supuesto —replica Will con sarcasmo. Creo que a veces le gusta chingar a Holden, pero siempre de manera inofensiva, y a mí me parece divertido observarlo. Se reclina contra la ventana, cierra los ojos e inclina la cabeza lo más lejos posible de nosotros.

Cojo el móvil para ver qué hora es mientras Will echa una cabezadita y Holden devora esa asquerosa hamburguesa. Acaban de dar las nueve y media de la noche y dentro de poco el encargado del restaurante empezará a recorrer los reservados para echarnos a todos y así poder cerrar. Le doy un golpecito a Holden.

—Déjame salir un momento. —Todavía con la hamburguesa agarrada con fuerza entre sus manos, Holden aparta las piernas a regañadientes lo justo para dejarme pasar. Suspirando, le toco el muslo con suavidad—. Y deja de darte esas palizas —le digo, rompien-

do así el pacto que tengo con él. La temporada de fútbol no ha hecho más que empezar, y no puedo soportar los meses en que se convierte en un gruñón cada vez que su equipo pierde un partido. Se pone insoportable todas y cada una de las temporadas, pero parece que este año la cosa va a más. Apenas nos ha dirigido dos palabras en toda la noche—. Jugáis contra el Broomfield el viernes, ¿no? Vais a ganar ese partido, seguro —lo tranquilizo mientras me escurro por encima de él.

Holden se encoge de hombros. Me dirige una sonrisa a regañadientes.

—Supongo. Ya veremos —dice.

—Y yo supongo que vamos a seguir hablando con monosílabos —le replico, poniendo los ojos en blanco.

Will me lanza una mirada y abre un ojo, pero no se mueve ni un centímetro.

—Aunque el Broomfield no es tan bueno, ¿verdad? Así que puede que esta vez cojas algún pase. —Se ríe con malicia a la vez que vuelve a cerrar el ojo. Holden aprovecha la oportunidad para lanzarle el envoltorio de la hamburguesa hecho una bola, que le da justo en la frente.

—A ver si pillas esta, capullo —masculla. Idiotas.

Los dejo a los dos haciendo el tonto y me dirijo al baño. Cuanto más se acercan las diez de la noche, más vacío está el Dairy Queen, aunque todavía quedan algunos estudiantes del instituto. En cuanto la encargada nos eche, se acabó: no hay ningún otro sitio adonde ir, excepto a casa. Le dirijo una rápida sonrisa a Jess Lopez y un «ey» al pasar por su mesa, pero está con

unas chicas a quienes no conozco mucho, así que no me detengo para charlar con ella.

Continúo hacia el baño y me encierro en uno de los tres pequeños cubículos. Mientras estoy allí, le envío a papá un mensaje rápido para que sepa que llegaré a casa en menos de una hora, resignada al hecho de que el domingo ya casi ha terminado. Vuelvo a meterme el móvil en el bolsillo de mis vaqueros mientras descorro el pestillo y abro la puerta del todo. El corazón se me detiene por un instante cuando levanto la mirada y veo que hay alguien ahí de pie, inmóvil, delante de los lavamanos. No he oído que entrara nadie. Al instante me doy cuenta de que es Danielle Hunter y me quedo paralizada. Está de espaldas a mí, pero sus ojos se encuentran con los míos a través del reflejo del espejo.

No le he dirigido más que unas pocas palabras desde el año pasado. Casi nunca la veo, y cuando lo hago, no sé cómo actuar o qué decir. Así que no le digo nada. ¿Qué se supone que le tienes que decir a alguien que está pasando el luto por la muerte de sus padres? No lo sé. Nadie lo sabe.

Pero ahora mismo no puedo mirar al suelo y seguir andando como si nada. De repente soy consciente de lo pequeño que es esto, y de que ella me está mirando con sus ojos azules. El contraste con su nuevo pelo negro azabache es tan intenso que hasta resulta extraño. Su cara es inexpresiva, no muestra ninguna emoción. Trago saliva y me pongo a su lado en el lavamanos. Abro el grifo y me quedo mirando fijamente el agua que cae en cascada sobre mi piel. ¿Le digo algo? Sé que

debería hacerlo, pero no sé qué, ni cómo. Siento que me arden las mejillas de la tensión que se apodera de mí mientras decido si ahora es el momento adecuado para decirle algo de una vez por todas o no. Siempre he querido volver a hablar con ella, pero no he sido capaz.

Levanto la vista hacia el espejo, solo para saber si ella todavía me está mirando. Voy a hacerlo. Voy a hablar con ella, y voy a hacerlo ahora mismo, antes de que me dé tiempo a pensarlo dos veces. Con todo el valor que soy capaz de acumular, me obligo a mirar a Danielle directamente. La sonrisa que esbozo con los labios se supone que es normal y sincera, pero es forzada, y ella lo sabe.

—Hola, Dani —digo. Pronunciar su nombre me pone la piel de gallina—. Me alegro mucho de verte por aquí.

Danielle me mira entrecerrando los ojos, y yo dejo que mi sonrisa se vaya desvaneciendo porque sé que puede ver la realidad más allá de mi expresión. La estoy mirando de la misma manera en que la mira la mayoría de la gente: con pena. Hay una pizca de sorpresa en sus ojos azules por el hecho de que le haya hablado, aunque no dice nada. Sigue inexpresiva cuando vuelve a mirar su reflejo en el espejo y se apoya con las manos en el borde del lavabo.

Su silencio es peor que cualquier otra reacción posible, porque ahora me siento insegura sobre cómo manejar la situación. He hecho lo que debía: le he dicho que me alegraba de verla por aquí. Es lo que se supone

que debía decirle, pero no parece que me lo agradezca. Su expresión es tan pasiva, tan vacía, que resulta imposible interpretarla.

Ha sido un año muy duro para los Hunter, y todo el pueblo de Windsor lo sabe. He sido testigo del cambio drástico que ha sufrido Danielle, de cómo se ha roto, de lo grande que ha sido el impacto que la muerte de sus padres le ha producido. Recuerdo cuando llevaba el pelo tres veces más largo y las ondas rubias le caían por la espalda, cuando sus mejillas estaban siempre encendidas, cuando era conocida por tener la risa más cantarina de su clase. No es la misma chica que era hace un año, pero ¿quién puede culparla por ello? Nadie ha olvidado la tragedia de los Hunter, y nadie sabe cómo sobrellevar esta pérdida. Sobre todo yo.

Lo cierto es que no solo he estado evitando a Danielle durante este año. También a su hermano. Jaden, el otro miembro de los gemelos Hunter, quien todavía me sonrío siempre que me ve. Jaden, a quien no tengo la suficiente valentía para pararlo y decirle algo. Jaden, con quien ya no sé cómo comportarme. Jaden, de quien me horroriza que haya cambiado tanto como lo ha hecho su hermana. No me atrevo a acercarme a ninguno de los dos. No soy capaz de vivir con el miedo constante de decir algo inapropiado. No puedo hacer frente a los efectos que una pérdida tan devastadora debe de haber causado en ellos. No es que no quiera. Dios, claro que quiero. Es solo que... no puedo.

Con el agua goteando por mis manos, cierro el grifo y me las seco rápidamente en los vaqueros. Intento

volver a mirar a Danielle, pero no encuentro sus ojos. Se parecen mucho a los de su hermano. Sigue callada, y se ha pasado el tiempo para que contestara, así que sé que tengo que decir algo más. Me pongo nerviosa solo de nombrarlo, pero me trago el miedo y susurro en voz baja:

—¿Cómo está Jaden?

No sé cómo le va porque nunca se lo he preguntado, aunque sé que debería haberlo hecho. Me asusta que la respuesta no sea otra que «bien» o «va tirando». Por eso espero conteniendo el aliento, juntando las cejas para mostrar compasión.

De inmediato, Danielle inclina la cabeza y el flequillo le cae sobre los ojos.

—¿Por qué lo preguntas? —responde en voz baja, y yo me quedo de piedra ante su tono a la defensiva—. Tampoco te importa.

Me la quedo mirando, aturdida por sus palabras. Hace un año, Danielle y yo éramos amigas. Solía decirme en broma que si algún día Jaden y yo nos casáramos seríamos casi hermanas, y que ella siempre había querido tener una hermana. Lo que nunca llegué a decirle es que yo sentía lo mismo.

—Dani...

—Porque si de verdad te importara —me interrumpe hablando despacio, volviéndose hacia mí—, me lo habrías preguntado hace un año, cuando... —Su frase se apaga pero ya sé lo que iba a decir. Iba a decir que si de verdad me importara les hubiera preguntado cómo estaban hace un año, cuando sus padres murieron.

—Dani... —Niego con la cabeza y doy un paso hacia ella. La última cosa que esperaba hacer esta noche era enfrentarme a Danielle Hunter en los servicios del Dairy Queen—. Sabes que sí me importa.

—Pues tienes una manera muy curiosa de demostrarlo, MacKenzie —dice. Su tono es más apocado. Se vuelve hacia el espejo, se aparta el flequillo de los ojos, y luego se dirige hacia la puerta. Pero entonces se detiene y me mira por encima del hombro antes de murmurar—: Le diré a Jaden que has preguntado por él.

En este momento, mientras miro a Dani marcharse, con sus palabras flotando a mi alrededor, me siento como la persona más pequeña del mundo. No sé por qué me sorprende tanto. No es que esperara que me tratase como solía hacerlo, porque yo tampoco lo hago con ella, pero supongo que este es el motivo por el cual durante mucho tiempo he temido que llegara este momento. Desde el primer instante en que me alejé de los Hunter supe que las cosas iban a cambiar para siempre, pero no tuve elección.

No quiero que Holden y Will se pregunten por qué tardo tanto, así que después de respirar hondo salgo del servicio y voy directa al reservado. Veo que casi todo el mundo se ha ido, aparte de nosotros y el grupo de Dani, aunque parece que están a punto de hacerlo. Le doy un codazo a Holden en cuanto llego a su lado y lo empujo para que me deje sitio. Me arde la cara.

Mi disgusto debe de ser evidente porque Will se pone en guardia al momento.

—¿Qué te pasa? —me pregunta.

—Acabo de hablar con Danielle —les digo. Mi voz es un suspiro—. Es la primera vez que lo hago desde que... —Ni siquiera soy capaz de decirlo en voz alta. Rápidamente, miro a uno y al otro intentando captar sus reacciones. Holden frunce el ceño y se aparta de mí para acercarse a la ventana y mirar hacia el aparcamiento, mientras que Will parece sentir curiosidad.

—¿Has hablado con ella? —pregunta para aclarar que me ha entendido bien.

—No he tenido más remedio. Estaba allí mismo. —Apoyo los codos en la mesa y pongo la cabeza entre las manos, cierro los ojos y suelto un gemido ahogado. La última persona con quien esperaba encontrarme esta noche era Danielle Hunter, y la verdad es que tampoco creía que los lavabos del Dairy Queen fueran el lugar donde volviera a hablar con ella. Ojalá le hubiera dicho algo más, o algo diferente—. Me odia, os lo puedo asegurar —mascullo contra las palmas de mis manos.

—Bueno —murmura Will. Sus palabras salen lentas, su expresión es cautelosa, y poco a poco levanto la cabeza para mirarlo—. No podías esperar otra cosa... Al fin y al cabo, Danielle no sabe por qué pasaste de ella.

—Eso no ayuda mucho —interfiere Holden, volviendo de golpe la cabeza para mirarnos—. Vale que la haya estado evitando, pero es que todo el mundo lo ha hecho de una manera u otra. No es que lo haya hecho para ser cruel. —Me mira de lado como buscando mi aprobación—. A veces uno no tiene más remedio que hacer lo que tiene que hacer. ¿Verdad, Kenzie?

Solo soy capaz de asentir con la cabeza.

Antes de que Holden o Will puedan decir nada más, la encargada aparece de la nada delante de nuestro reservado y nos pide con gran amabilidad que nos vayamos porque quieren empezar a limpiar antes de cerrar, en diez minutos. Cuando miro a mi alrededor, me doy cuenta de que somos los últimos.

Recogemos nuestra basura y nos dirigimos al aparcamiento donde nos espera el flamante Jeep Renegade de color rojo de Will. Se lo han limpiado a fondo esta mañana, así que la pintura reluce bajo la luz de las farolas, y Holden frunce el ceño mientras avanzamos por el aparcamiento hacia el coche. Los padres de Will son bastante ricos, mientras que los de Holden tienen deudas. Vendieron su coche el otoño pasado, así que ahora se ve forzado a depender de Will, igual que yo. Mamá me deja el suyo de vez en cuando, pero no es lo mismo.

Me pido ir delante, y avanzo rápidamente para sentarme en el asiento del copiloto; subo y cierro la puerta a toda prisa antes de que Holden me lo arrebate. Frunce el ceño todavía más, así que le saco la lengua mientras Will se sienta en el asiento del conductor. Automáticamente manipulo los mandos para encender la calefacción. Ahora que es septiembre, y a medida que el otoño se acerca, las noches empiezan a ser más frías. Holden se sube al asiento de atrás, pero mide más de metro ochenta, así que incluso en este coche, que es enorme, tiene que agacharse un poco. Siempre me ha parecido divertida la manera en que su cabeza toca el techo.

No hay mucho que hacer en Windsor un domingo a estas horas. La mayoría de los sitios están cerrados y la gente ya está en casa. Las noches son más oscuras, más frías. Hay instituto por la mañana. Hay trabajo al que acudir. De todos modos, vamos a dar una vuelta por el pueblo, pasando por delante de las tiendas y los puestos de comida rápida de Main Street hasta los descampados de las afueras de Windsor, antes de que Will nos pregunte si nos va bien que nos deje ya en casa.

Me deja a mí primero, justo antes de las once, y les digo a los dos que los veré por la mañana cuando Will pase a recogernos para ir al instituto. No arrancan inmediatamente después de bajarme del coche, sino que esperan hasta que he abierto la puerta de casa y me he despedido con la mano, como hago habitualmente, entonces se alejan y enseguida dejo de oír el sonido de la música de Holden.

Lo que oigo ahora es el sonido de mis padres. Sobre todo la voz de papá. Están discutiendo pausada y suavemente, de la manera en que lo hacen cuando no están enfadados sino más bien preocupados por algo. Una discusión tranquila, algo que es demasiado habitual en esta casa.

Lanzo las manolequinas al lado de la puerta y la cierro. Avanzo por la moqueta del recibidor hasta la sala, donde por la tele van pasando las mejores jugadas de la Liga de Fútbol Americano de esta noche a volumen bajo. Mamá está sentada en el borde del sofá, tiene los ojos hundidos y cansados y aprieta sus finos labios

con firmeza. Lleva un chándal y el pelo recogido, y se ha quitado el maquillaje, nada raro para un domingo a estas horas. Papá está al otro lado, en la parte más alejada del salón. En la mesita de café que hay entre los dos descansa una copa vacía de vino con la marca de pintalabios en el borde. Me acuerdo de que mamá se estaba sirviendo una copa de Chardonnay de una botella acabada de abrir antes de que me marchara. Prometió que sería la primera y la última del día. Pero siempre dice eso, y papá tiene una botella vacía en la mano para demostrarlo.

—Vaya, MacKenzie —dice suspirando. Como si yo no hubiera visto la botella, se lleva la mano a la espalda para esconderla. Frunce el ceño—. No te he oído entrar.

Le sonrío con la boca cerrada pero no digo nada porque estoy más centrada en mamá. Tengo la estatura de mi padre, pero todo lo demás lo he heredado de mi madre. Tenemos los mismos ojos marrones y profundos, los mismos pómulos, altos y prominentes, la misma mandíbula afilada.

—Me voy a la cama, mamá —le digo suavemente mientras me arrodillo en el suelo a su lado, mirándola con expresión cariñosa. No está borracha. No, no después de una botella, eso ya no es suficiente, pero basta con un par de copas para que se le dibuje una fea mueca en la cara—. Tal vez tú también deberías hacerlo —sugiero, buscando su mano.

Mamá mira fijamente al suelo, y se queda quieta por un instante antes de levantar sus pesados párp-

dos hacia papá, para mirarlo como si todo esto fuera culpa suya, como si hubiera sido él quien ha abierto la botella; entonces se relaja, suspira y asiente con la cabeza al mismo tiempo que sus ojos marrones se encuentran con los míos.

Le cojo la mano y me pongo de pie para llevarla conmigo, nuestros dedos se entrelazan. Tiene las manos calientes, algunas de sus uñas están rotas. Últimamente no se preocupa lo suficiente por arreglárselas. Papá me mira con gratitud, pero sus ojos me cuentan otra historia. Son ojos de disculpa, casi de culpabilidad. Me despido con la mano libre y me llevo a mamá hacia el pasillo y hasta su habitación. Cuando enciendo la luz, rechino los dientes al ver el desorden que reina. Hay una montaña de colada recién hecha tirada de cualquier manera en el suelo, la cama está por hacer desde esta mañana, las cortinas cerradas como si no se hubiesen abierto durante todo el día. Acostumbro a considerar que es un buen día cuando esta habitación ve la luz del sol.

Mamá se sienta en la cama, pero la sonrisa aguada y tranquila que me dirige contribuye poco a apaciguar mi irritación.

—Solo he tomado un par de copas —dice poniendo los ojos en blanco—. Tu padre exagera.

No creo que exagere, y tampoco creo que fueran solo un par de copas, pero no se lo digo, solo recojo las prendas de ropa desperdigadas por el suelo, las doblo, las vuelvo a doblar y las guardo. Encima de la cómoda (al lado del retrato enmarcado de papá y yo de hace

muchos años, cuando él todavía tenía pelo y yo no tenía dientes) hay otra copa de vino. Vacía, caída, abandonada desde ayer.

Me muerdo el labio inferior e inclino la cabeza mientras cierro lentamente el cajón del armario. Mamá vuelve a estar de pie y se desliza por la pequeña habitación tras de mí, así que recojo la copa y me vuelvo para mirarla, escondiéndola a la espalda. Disimulando la decepción que me oprime el pecho, fuerzo una sonrisa.

—Estoy supercansada, así que ya hablaremos por la mañana —le digo—. Will pasará a buscarme a las siete y media.

Mamá no dice nada más pero frunce el ceño cuando se da cuenta de que he cogido la copa de vino de la cómoda. Le tiemblan los labios y los ojos se le entrecierran un poco, pero finge que no se ha percatado de que ha desaparecido. En lugar de eso, ahueca las almohadas con cuidado, y yo salgo de la habitación, cierro la puerta y la dejo sola.

Una vez en el pasillo, levanto la copa para examinarla. La agarro con tanta fuerza que por un momento creo que la voy a hacer estallar en pedazos, pero papá me interrumpe antes de que pueda estrujarla todavía más. Apoyado en el marco de la puerta de la sala de estar, su expresión está llena de culpabilidad cuando dice:

—Ya la cojo yo.

Se endereza y se me acerca, coloca su mano sobre la mía mientras libera la copa de mis manos rígidas.

La otra copa, la de la sala de estar, la lleva en la otra mano.

Papá es demasiado joven para ser calvo, y también es demasiado joven para tener tantas arrugas. Pero es calvo y tiene muchas arrugas, y odio esa mirada triste que aparece en sus ojos cada vez que hay otra copa que lavar porque lo hace parecer incluso más viejo. Pasa por delante de mí y se adentra en el pasillo hasta llegar a la oscura cocina, y yo me quedo esperando oír el sonido del grifo.

Cuando el agua corre y papá frota la mancha de pintalabios de la copa de vino, me descubro a mí misma mirando hacia la mesita del pasillo. Hay una foto enmarcada de papá y mamá el día de su boda, y hay una mía del primer día del parvulario con unas horribles gomas de pelo rosas en la cabeza, y luego está el marco de en medio (el que es de color rosa pálido y nunca llega a acumular polvo porque mamá lo limpia por lo menos dos veces al día). Dentro del marco hay cinco letras, escritas en cursiva con un trazo delicado. Estas cinco letras son todo lo que nos queda de ella, algo tan simple como las letras de su nombre, nuestro único recuerdo porque no tuvimos tiempo de crear ninguno más.

La pequeña Grace, a quien nunca pudimos llegar a conocer, pero a la que nunca olvidaremos.

Puede que Danielle Hunter piense que no me preocupo por ellos, ni por ella ni por Jaden, pero sí que lo hago, probablemente más que la mayoría de la gente, lo que pasa es que tengo miedo de estar cerca de ellos.

Tengo miedo porque conozco el impacto que supone perder a alguien; conozco el efecto negativo que puede provocarle el dolor a alguien; sé cuánto puede cambiar a la gente sufrir una pérdida tan grande.

Lo sé porque he visto cómo nos ha cambiado a nosotros.